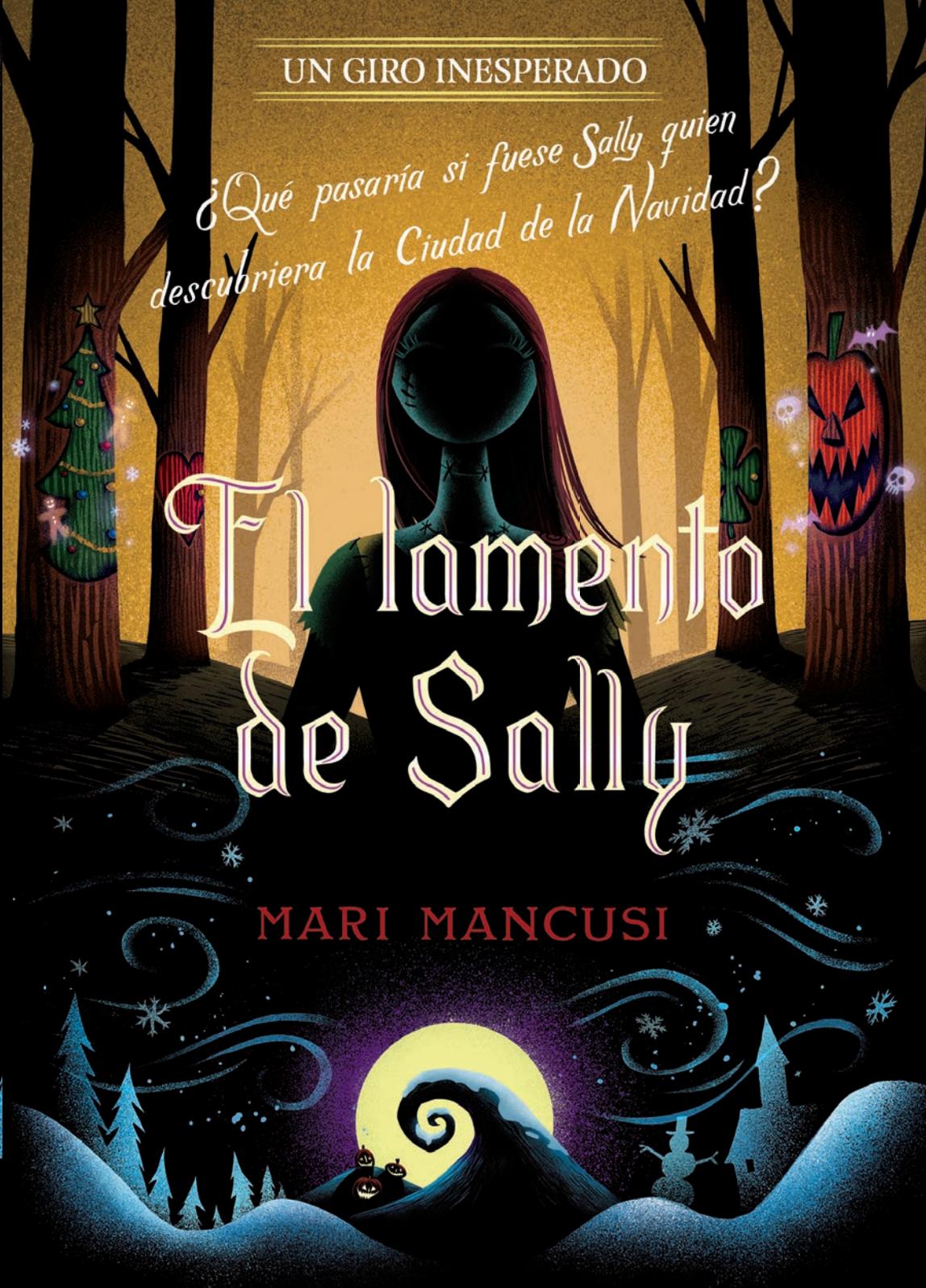


UN GIRO INESPERADO

¿Qué pasaría si fuese Sally quien descubriera la Ciudad de la Navidad?

El lamento de Sally

MARI MANCUSI



El lamento de Sally

UN GIRO INESPERADO

MARI MANCUSI

Traducción de Clara González-Bruzos

LIBROS 

© 2024 Disney Enterprises, Inc.
Todos los derechos reservados
© de la traducción: Clara González-Bruzos, 2024
Publicado en España por Editorial Planeta, S. A., 2024
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Primera edición: octubre de 2024
ISBN: 978-84-10029-33-0
Depósito legal: B. 15.334-2024
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo uno

Sally estaba pasando una gran noche.

Claro que siempre lo hacía en Halloween. Al fin y al cabo, era la mejor época del año: una noche con sustos en cada esquina; tiendas provistas de platos viscosos e infestados de babosas, y todos los demonios y pesadillas que imagines —y otros que no— reunidos bailando en las calles, intentando meterse miedo los unos a los otros con pavorosa hostilidad.

Durante trescientos sesenta y cuatro días al año, la ciudad de Halloween se preparaba para esa noche. Y el 31 de octubre todos se reunieron para celebrar una fiesta terrorífica que asustaría hasta al más audaz de los malvados. Era un espectáculo magnífico, tan sangriento como deprimente, y los vecinos no solo eran espeluznantes, sino muy ingeniosos, como el Payaso o los fantasmas llorones. En la ciudad de Sally había brujas, vampiros, zombis, monstruos marinos..., ¡lo que se te ocurra! Y en Halloween lo exhibían todo.

Sally disfrutaba cada minuto, aunque supuestamente no tuviera que estar allí.

Levantó los ojos hacia la ventana de su habitación y se preguntó si el doctor Finkelstein seguiría inconsciente. Esa noche, había preparado su propio truco o trato enriqueciendo la sopa del doctor con una belladona mortal que había recogido de su jardín de hierbas a las afueras de la ciudad. En realidad, no era mortal, pues Sally no era esa clase de muñeca, pero, administrada debidamente, dormiría al científico durante mucho tiempo. El suficiente para que Sally saliera del laboratorio y se uniera a la fiesta. Algo que el doctor Finkelstein nunca habría permitido de haber estado consciente.

Sally suspiró. Decir que el doctor la sobreprotegía sería quedarse corto. Claro que ella era su creación, una muñeca de trapo a la que había dado vida con sus propias manos, algo por lo que ella siempre estaría agradecida. Sin embargo, nunca entendería que le hubiera dado la vida y luego le impidiese disfrutarla. Siempre era «demasiado joven» o estaba «poco preparada» y era mejor que se quedase «en su habitación», donde estaría «a salvo». ¿A salvo de qué?, Sally no tenía ni idea y, al preguntar, el doctor Finkelstein soltaba toda clase de chorradas: palabras rimbombantes que impresionaban hasta que te dabas cuenta de que ninguna tenía sentido. De todos modos, daba igual el porqué. El resultado siempre era el mismo.

No hay Halloween para Sally. Ni ahora, ni nunca.

Sally intentaba decirse a sí misma que no era para tanto; al fin y al cabo, tenía otros intereses. Ayudaba al doctor Finkelstein en el laboratorio con sus experimentos, leía libros en la biblioteca —donde devoraba todo lo que encontraba sobre botánica—, se había vuelto muy hábil elaborando pociones (además, ya apenas hacía volar nada por los aires sin querer) e incluso había aprendido ella sola a coser y se había hecho un maravilloso vestido con retales que había encontrado en la basura detrás de la tienda de disfraces. Lo llevaba

puesto en ese momento. De hecho, al menos una docena de monstruos le habían hecho cumplidos por lo maravillosamente escalofriante que estaba con él, lo que la hacía estar radiante de orgullo.

Sin embargo, aunque todo eso estaba muy bien, en el fondo no podía evitar anhelar algo más: no solo quería contemplar las festividades de ese último día de octubre, sino participar en ellas. No era temible de por sí, al menos no a primera vista: no tenía serpientes en los dedos ni un ojo de cíclope. Era una simple muñeca de trapo, rellena de hojas secas y cosida burdamente con un grueso hilo negro.

No obstante, estaba segura de que podría aportar algo importante, como crear disfraces más horripilantes para los que participaran en uno de los muchos concursos que había, por ejemplo, o preparar algunas pociones, pues todo el mundo sabe que de un brebaje depende que Halloween triunfe o se vaya al traste. Y, si eso no era suficiente, bueno, podía usar la cabeza. ¿Qué da más miedo que una muñeca espeluznante con un cuerpo sin cabeza?

En definitiva, se le daría muy bien Halloween si le daban la oportunidad. Sin embargo, cada vez que intentaba convencer al doctor Finkelstein de ello, este se negaba a ceder. Y, un año más, Sally tenía prohibido participar en las festividades.

Eso era suficiente para que una muñeca de trapo quisiera arrancarse los hilos.

De repente, unos gritos resonaron en el aire, invadiendo sus oídos, seguidos de un destello de luz que le hizo apartar los ojos de la ventana del laboratorio. Sally se dio la vuelta con la respiración entrecortada al darse cuenta de lo que venía a continuación.

De quién venía.

Se le aceleró el pulso y se le erizaron los hilos. Se llevó las manos al corazón y esbozó una sonrisa de emoción con sus labios pintados de rojo. Era el momento: el temible final, la mejor parte de cada Halloween.

Jack Skelton, el Rey Calabaza, estaba de camino.

El bullicio se elevó a proporciones casi ensordecedoras. Todo el mundo empezó a correr hacia la plaza de la ciudad. Sally, emocionada, salió de entre las sombras y pronto se vio arrastrada por la multitud y rio encantada mientras gritaba con ellos.

Y, entonces, ahí estaba: un espantapájaros con una calabaza a modo de cabeza emergiendo de la oscura noche a lomos de un caballo hecho de heno, cabalgando gallardamente guiado por Behemoth.

—¡Ya está aquí! —gritó el Niño Cadáver, aplaudiendo con alegría.

—¡Está fantástico! —exclamó su amigo Chico Momia, con su único ojo visible abierto como un pequeño plato mientras se echaba una venda suelta por encima del hombro—. Parece tan guay.

—Tiene un aspecto aterrador —dijeron dos brujas, suspirando soñadoramente al unísono mientras lo veían acercarse. Sally sospechaba que estaban un poco prendadas de Jack; no podía culparlas.

Sally siempre había admirado a Jack desde lejos, desde el primer día que lo había visto, dando una conferencia en la plaza de la ciudad sobre la importancia de añadir zumo apestoso al hielo seco para aumentar el miedo. Estaba tan seguro de sí mismo, ganándose al público con facilidad, y, al terminar, lo habían aplaudido todos con tanto entusiasmo..., como si hubiera obrado un verdadero milagro en lugar de limitarse a hacer que el humo oliera mal. Era algo que Sally podría haber hecho con los ojos cerrados si se lo hubieran permitido.

Sin embargo, Jack contaba con toda la libertad que a ella le faltaba. Y le sacaba todo el provecho posible a esa ventaja. Al no tener límites, lo hacía todo. No le costaba nada atraer a todo el mundo gracias a su espantoso brillo, inspirándolos a ser una versión mejor y más aterradora cada Halloween. Era independiente y seguro de sí mismo. Era el Rey Calabaza y podía hacer cualquier cosa.

Mientras que Sally no podía hacer nada.

El alcalde dio unas palmadas, lo que atrajo la atención de Sally al centro de la plaza. Luego giró la cabeza, revelando una gran sonrisa.

—¡Apartaos! —gritó moviendo las manos ante las entusiasmasdas criaturas—. ¡Haced hueco!

A regañadientes, los habitantes retrocedieron unos centímetros, lo suficiente para que Jack accediera a caballo al centro de la plaza. Sally lo miró fijamente, con las hojas revoloteándole en el vientre, mientras lo veía agacharse para quitarle una antorcha encendida a un entusiasmado voluntario. Jack levantó la antorcha triunfalmente en el aire, agitándola hacia la multitud, y luego se prendió fuego.

A Sally se le salieron los ojos de las órbitas. ¡Vaya! Aquello era nuevo.

Contempló, sin duda fascinada aunque un poco aterrorizada, cómo el fuego se extendía a toda velocidad al alcanzar el heno seco, haciendo que las llamas y el humo se elevaran en el aire. El público gritó de placer y aplaudió emocionado. Las brujas lanzaron besos a Jack. Lock, Shock y Barrel, tres niños enmascarados que pedían caramelos, saltaron de alegría.

Jack, envuelto en llamas, saltó de su caballo cantando y bailando, ofreciendo el notable espectáculo de exhibirse mientras ardía. Sally aplaudió junto con todos los demás, pero por dentro estaba nerviosa. ¿Sería Jack capaz de apagar el fuego a tiempo?, ¿antes de que quemara el heno y le llegara hasta los huesos?

Sin embargo, Jack ni se inmutó. Tras terminar su canción, saltó a la verde y viscosa fuente del centro de la plaza, apagó las llamas y volvió a levantarse un instante después en toda su esquelética gloria. La cabeza de calabaza había desaparecido y, en su lugar, había una calavera blanca como el hueso, perfectamente modelada, con grandes ojos huecos y una sonrisa aún más grande.

La multitud enloqueció. Sally daba saltos de emoción.

«Oh, Jack —pensó—, sin duda, eres magnífico».

Jack saltó sobre el borde de la fuente e hizo una ostentosa reverencia. Sally se vio empujada hacia atrás mientras todo el mundo se apresuraba a felicitarlo —y a felicitarse— por otro Halloween bien organizado. Sally los dejó pasar y se contentó con quedarse al margen para ver lo que ocurría después, orgullosa pero un poco triste. Todos parecían muy felices, y no les faltaba razón: había sido una noche terrorífica.

Sally solo deseaba haber participado más en ella.

—Estupendo Halloween —dijo el alcalde dándole una palmada en la espalda a Jack.

—Creo que ha sido el más horroroso hasta la fecha —convino Jack, saltando con gracia desde la fuente hasta el suelo adoquinado.

Recorrió con la mirada la multitud, observando su júbilo. Sally se preguntó cómo sería que te admirasen tanto, que te necesitasen tanto. Tenía que ser la sensación más maravillosa del mundo.

De pronto, notó un fuerte tirón en la muñeca. Al volverse, su expresión de júbilo desapareció al encontrarse a nada menos que al doctor Finkelstein mirándola enfadado desde su silla de ruedas. Sus afiladas uñas se le clavaron en la tela y Sally puso una mueca de dolor.

—Se me ha pasado el efecto de la belladona que me diste.

Sally se estremeció. Estaba segura de que la dosis que le había dado sería suficiente para la noche entera, aunque quizá su tolerancia estuviese aumentando debido a todas las veces que se la había suministrado. Tenía que consultar sus libros para recalcular la fórmula antes de la próxima vez.

Claro que eso no la ayudaría en ese momento.

—¡Suéltame! —chilló tratando de zafarse.

Sin embargo, el doctor Finkelstein meneó la cabeza y la agarró con más fuerza.

—No estás preparada para tantas emociones.

—¡Sí que lo estoy! —gritó, sorprendiéndose incluso a sí misma por su descaro.

¿Desde cuándo le contestaba a su creador? Nunca servía de nada y solo le suponía más castigos.

Por un momento, se preguntó si debía disculparse: portarse bien y seguirlo obedientemente de vuelta a casa. Al fin y al cabo, la noche ya había terminado. Había conseguido ver Halloween. ¿No debería eso ser suficiente? ¿No debería contentarse con volver a la realidad, por deprimente que fuera para ella?

Sin embargo, levantó la vista hacia Jack y la ciudad de Halloween, que se divertía sin preocuparse por nada. Un chispazo de ira se encendió en su interior y creció tan deprisa como las llamas que envolvían a Jack poco antes.

Aquello no estaba bien, no era justo. ¿Por qué tenía ella que sufrir mientras todos los demás estaban de celebración?

—Venga, Sally, vamos a casa —gruñó el doctor Finkelstein empezando a rodar con su silla de ruedas en dirección a su laboratorio, todavía agarrándola de la muñeca.

Sally clavó los pies en el suelo, resistiéndose. Él frunció el ceño y tiró de ella de nuevo, esa vez con más fuerza, tanta que Sally notaba sus costuras a punto de reventar. Se mordió el labio inferior, preocupada. Si seguía tirando de ella de esa manera, iba a romperla.

Lo cual... quizá no fuese tan malo.

Sally miró su brazo y se le ocurrió una idea impactante.

No, no podía hacerlo.

—¡Te vienes conmigo! —repitió el doctor Finkelstein enfadado.

¿Y por qué no iba a poder ella llevar a cabo su idea? Total, él ya estaba furioso. Ya tenía pensado castigarla por lo que había hecho. Sally podía regresar a casa y hacer frente a su castigo.

O podía aplazar lo inevitable un poco más y dar con la manera de disfrutar del resto de la noche de Halloween.

De pronto, la decisión le pareció fácil.

Sally lo miró a los ojos.

—No, no voy a ir contigo —dijo con firmeza.

Se agachó, tiró de un hilo de su brazo y dejó que se soltara. Al momento, el brazo se separó de su cuerpo con tal fuerza que el doctor Finkelstein salió despedido hacia delante y su silla de ruedas volcó.

—¡Ven aquí, estúpida! —gritó con rabia.

Sin embargo, Sally no se quedó a oír el resto de la frase. Salió pitando en dirección contraria tan rápido como sus piernas de muñeca le permitieron.

La euforia se apoderó de ella mientras corría y, de repente, le entraron ganas de reír, aunque el miedo amenazaba con ahogarla. ¿Qué había hecho? ¿Cómo le haría pagar el doctor Finkelstein tal acto de rebeldía?

Dejó esos pensamientos a un lado. ¿A quién le importaba? Al menos, por el momento. Ya estaba hecho y asumiría las consecuencias. Era libre. Libre por completo, y nada menos que en Halloween. Libre para hacer lo que quisiera, como todo el mundo.

Tantas posibilidades hacían que le diese vueltas la cabeza y el vértigo se apoderó de ella.

¡Iba a ser la mejor noche de su vida!

Miró alrededor con el corazón palpitante. ¿Pensaba ir de puerta en puerta pidiendo caramelos? ¿Iba a desmelenarse en la fiesta que se estaba formando en la plaza de la ciudad? Tal vez incluso podría felicitar a Jack por su buen trabajo, como estaba haciendo todo el mundo. Al fin y al cabo, nunca le había dicho lo mucho que admiraba su labor.

No obstante, aunque todas esas opciones eran tentadoras, Sally se dio cuenta de que podían esperar; tenía toda la noche por delante. Y le quedaba pendiente algo importante. Había usado toda su bella-

dona mortal para dormir al doctor Finkelstein, lo que significaba que necesitaba reponer sus reservas. De lo contrario, estaría atrapada en su laboratorio a partir de ese momento, sin esperanza de escapar en el futuro.

«Solo tardaré un minuto —se dijo—. Luego vuelvo y me uno a la fiesta».

Decidida, cambió de dirección y se dirigió a las afueras de la ciudad. Sintió el brío con el que caminaba, como si la suave brisa otoñal impulsara sus pasos. Pero en el fondo sabía que no era el viento lo que la hacía sentirse tan ligera.

Era el haber descubierto la libertad.

«Ojalá fuese siempre así», pensó, entristeciéndose un poco. Pero se lo quitó de la cabeza; ya tendría tiempo de lamentarse luego. Era libre y debía aprovechar al máximo esa noche.

Pasó por debajo de un arco y entró en el cementerio, dejando escapar un suspiro de alegría. A Sally le encantaba ir allí: siempre se sentía tan tranquila entre las piedras, la maleza y los gatos que vagaban entre las tumbas cazando ratones y arañas. Aunque en teoría era un lugar para los muertos, estar ahí siempre la hacía sentir como si renaciera.

Cuando llegó a su zona preferida de malas hierbas, se arrodilló para recogerlas. Dedicó un momento a acariciar a un escuálido gato negro que se cruzaba en su camino y desearle un feliz Halloween. Al examinar el terreno, le alegró darse cuenta de que habían crecido muchos brotes de belladona, así que podría coger suficiente para dormir al doctor Finkelstein durante mucho tiempo.

Sin embargo, cuando estaba a punto de coger la primera planta, oyó un ruido a su espalda. Se levantó de un salto y pensó al instante en el doctor. ¿La había seguido? ¿O había enviado a su ayudante Igor a recogerla? Preocupada, se escondió detrás de una lápida cercana justo cuando una figura apareció bajo la luz de la luna llena.

Sally abrió unos ojos como platos. No era el doctor Finkelstein, ni mucho menos.

Era el mismísimo Jack Skelton.

Sally, demasiado impresionada para moverse, observó desde las sombras al Rey Calabaza entrando en el cementerio. ¿Qué hacía ahí?, se preguntó. Y solo, además, sin ninguno de sus demonios habituales. Jack solía quedarse en la fiesta hasta el amanecer, bailando y divirtiéndose con sus amigos. ¿Cuántas veces los había mirado con envidia desde la ventana de su habitación, deseando poder ser tan feliz y despreocupada como Jack?

Sally se dio cuenta de que sus pasos, por lo general seguros, se volvían más lentos. No se le veía muy feliz. Empezó a inclinar su cabeza redonda. No parecía ser libre.

«Quizá esté cansado —se dijo Sally—. ¡Es que menuda noche! Y lo de las llamas no tiene que haber sido fácil».

Sin embargo..., no parecía cansado.

Parecía triste.

Muy triste.

Sally frunció el ceño. Pero ¿por qué iba a estar Jack Skelton de bajón nada menos que en la noche de Halloween? El esqueleto tenía todo lo que podía desear, y la fiesta había transcurrido sin el menor contratiempo. En esos momentos, debería estar en la gloria, celebrando su duro trabajo.

En lugar de eso, parecía a punto de llorar.

Jack se acercó a una pequeña lápida grabada con la palabra «Zero». Se dio unas palmadas en la pierna con sus esqueléticos dedos y, para deleite de Sally, un encantador perro fantasma emergió del suelo y se quedó flotando en el aire, con su lengua translúcida colgando. Jack le dio unos golpecitos en el hocico y, por un momento, cierta chispa de alegría volvió a sus ojos, pero se disipó tan rápido como había llegado. Apoyó su larguirucho cuerpo en una estatua

cercana con forma de gárgola y suspiró. Zero aulló con fuerza rodeando a la gárgola, como si intentara animar a su amo. Jack se limitó a sacudir la cabeza.

—Ay, Zero... —dijo—, tú no lo entiendes.

Su mirada pareció adentrarse en el cementerio, por lo que Sally se apresuró a agacharse detrás de la lápida, pues no quería que la descubriera observando. Estaba claro que Jack había ido allí para estar solo, y ella se sentía como una intrusa invadiendo su espacio. Era imposible que Jack quisiera que lo vieran así.

Al fin y al cabo, era el Rey Calabaza. Tenía que mantener su reputación.

Por supuesto, en ese momento, no parecía en absoluto un célebre rey de las fiestas. De hecho, parecía más bien un niño perdido. Estaba claro que algo le había disgustado esa noche, pero, por mucho que lo intentara, Sally no imaginaba qué podía ser.

Entonces, como si la hubiera oído, empezó a explicarse. Las palabras le salían de la boca como una canción. Hablaba con Zero, por supuesto, pero Sally no pudo evitar oírlo todo agazapada tras la lápida, incapaz de moverse sin delatar su presencia.

«Deberías haber salido cuando has tenido oportunidad —pensó con pesar—. Ahora es demasiado tarde. Si te ve, pensará que estabas espiando».

Así pues, se quedó lo más quieta posible, escuchando el lamento de Jack sobre lo frustrado que se sentía, lo aburrido que estaba, cuánto anhelaba algo más.

—He hecho todo lo que quería hacer —le dijo al perro fantasma, y Sally notó el dolor y la nostalgia en su voz—. ¿Por qué me siento tan vacío por dentro?

Eso mismo se preguntaba ella. Sally sintió una inesperada punzada en el corazón mientras él seguía desahogándose con el perrito fantasma. Ni en un millón de años hubiera imaginado que alguien

como Jack se sintiera tan lejos del mundo como ella. Siempre había creído que su vida era perfecta, que tenía todo lo que podía desear.

Pero ¿era todo una ilusión?, ¿un completo artificio como el espectáculo que montaba en la plaza de la ciudad cada Halloween? Al parecer, el verdadero Jack era más que una cabeza de calabaza en llamas a la que admirar. El verdadero Jack sufría y sentía como ella. El verdadero Jack anhelaba algo más.

—Oh, Jack... —susurró con nostalgia apoyándose en la lápida—. Sé cómo te sientes.

De repente, algo se movió a sus pies: la lápida se hundía por su peso. Sally gritó sorprendida intentando apartarse, pero solo consiguió perder el equilibrio, por lo que salió despedida de su escondite y cayó en el espacio abierto.

¿Y qué sucedió cuando consiguió levantar la vista?

Que estaba mirando directamente a los ojos de Jack Skelton.